

Algunos antecedentes de la antropología criminal de Césare Lombroso

*Mauricio Schoijet**

“PARA UNA ELITE SOCIAL LOS RASGOS DE LOS GRUPOS SUBORDINADOS SIEMPRE DESPLIEGAN ALGO BÁRBARO Y PATOLÓGICO”

Antonio Gramsci
(citado por Gutman, 1973)

Este texto está enfocado a los antecedentes de la antropología criminal del autor italiano Césare Lombroso (1835-1909), ya que este autor tuvo una gran influencia durante un largo período en la historia de la criminología, en tanto que fue el principal responsable de su reconocimiento como disciplina académica, y de su aplicación abusiva como ideología de la represión contra los socialmente inferiores y étnicamente diferentes.

This text is focused on the background of criminal anthropology provided by the Italian author Césare Lombroso (1835-1909), since he had a great influence on the history of criminology during a long period of time as the main responsible for its acknowledgement as an academic discipline and its abusive application as an ideology of repression against the socially inferior and ethnically different.

El surgimiento de la criminología

Si uno de los objetivos de cualquier sociedad bien constituida y de todo buen gobierno es garantizar la seguridad de los ciudadanos y ciudadanas, parece evidente que en la presente coyuntura en México estamos lejos de lograrlo, y caben dudas acerca de si las estrategias para ello están bien encaminadas. Una de las tareas de los

* Doctor, Profesor investigador de la UAM-X, Departamento El Hombre y su Ambiente

científicos sociales sería la de entender las causas que han conducido a la presente situación, las posibles alternativas y los “escenarios” futuros, en el sentido de los cursos probables de los acontecimientos.

En este contexto el tema de la criminología, de su carácter científico, de su historia, y en particular de su historia en México, no tienen una importancia puramente académica. El tema de la historia de la criminología no es sólo una de las áreas en que puedan interesarse los investigadores de la historia de las ideas y de las prácticas de los aparatos represivos y de la profesión legal, incluyendo los aparatos judicial y policial, sino que deberían interesar a muchos otros de los estudiosos de las ciencias sociales, así como a militantes políticos y sociales.

Uno de los problemas de la historia de las ciencias sociales es encontrar las causas por las que sus diversas ramas surgieron en épocas diferentes. En el caso de la criminología el primer texto que intenta un estudio sistemático es el de Césare Beccaria (1738-1794) publicado en 1763-1764, aunque el filósofo inglés Thomas Hobbes (1588-1679) ya había abordado el tema. Aparecieron también estudios empíricos, como el primer estudio sobre prisiones, publicado por John Howard en Gran Bretaña en el siglo XVIII, y los análisis estadísticos sobre criminalidad del belga Adolphe Quetelet (1796-1874). Quetelet utilizó los datos recopilados por el autor francés André Michel Guerre, publicados en 1833, para mostrar que la más alta tasa de criminalidad se encontraba en hombres jóvenes, pobres y de escasa educación.

Beccaria es considerado el fundador de lo que se llamó la escuela clásica de criminología. Se ubicaba dentro de la teoría del liberalismo, postulando el libre albedrío, el efecto disuasivo de las penas y la necesidad de proporcionalidad entre delitos y penas, en contra de la arbitrariedad heredada del orden social feudal. Michel Foucault ha puesto en claro que la represión de la época feudal se caracterizaba por una ancha dosis de arbitrariedad, en tanto que durante el auge de la burguesía se introduce un principio de mayor racionalidad (Foucault, 1978). Beccaria se opuso a la pena de muerte, y del concepto de la pena como castigo o venganza. Beccaria debe ser considerado como el primer autor que no sólo se ocupa de la necesidad de castigar a los criminales de manera humanitaria, sino también de implementar políticas tendentes a disminuir la criminalidad.

Este ensayo está enfocado a los antecedentes de la antropología criminal del autor italiano Césare Lombroso (1835-1909), ya que este autor tuvo una gran influencia durante un largo período en la historia de la criminología, en tanto que fue el principal responsable de su reconocimiento como disciplina académica, y responsable de su aplicación abusiva como ideología de la represión contra los socialmente inferiores y étnicamente diferentes, y porque elementos de la criminología de Lombroso están presentes en algunos autores que han reflexionado acerca del terrorismo. Otra razón para ocuparse de los antecedentes de la criminología es que casi no se mencionan en los trabajos que estudian la influencia de ideologías y prácticas como el spencerianismo y la eugenesia en los países latinoamericanos y en España (Miranda y Vallejo, 2005; Urías, s.f.; Speckman, 2005; Speckman y Agostoni, 2005). Sostengo

la continuidad esencial en las últimas décadas del siglo XIX y primeras del siguiente entre las prácticas políticas del racismo y represión contra el proletariado y las minorías étnicas por las burguesías de los países más desarrollados de Europa y de la de Estados Unidos, así como con las políticas del imperialismo, con la pseudociencia de la frenología de Franz Joseph Gall y Johann Spurzheim; con la ideología de la “degeneración” de las clases socialmente inferiores; con el mal manejo de los datos de la antropología física; con las teorías biologists de la sociedad de Herbert Spencer; con la teoría y práctica de la eugenesia, que era una pseudotecnología apoyada en las ideas de Spencer, que buscaba limitar la reproducción de los supuestamente inaptos y favorecer la de los “aptos”; y de la mencionada antropología criminal.

El auge de estas ideologías fue facilitado por la enorme influencia del racismo en esa época. Hubo filósofos, científicos y políticos racistas, incluyendo a algunos que en el terreno de la política práctica contribuyeron de forma central a la lucha contra la opresión racista, como fue el caso del presidente estadounidense Abraham Lincoln. Fueron racistas el filósofo David Hume; los naturalistas Linneo, Cuvier, Humboldt, Agassiz, Charles Darwin, Thomas H. Huxley; el historiador Arnold Toynbee; los ideólogos liberales argentinos Domingo F. Sarmiento, Juan B. Alberdi y Agustín Álvarez; el historiador, psiquiatra y político José Ingenieros, etcétera.

No sólo carecemos de estudios históricos sobre la evolución de la jurisprudencia en términos de ideologías jurídicas en conflicto y de los intereses que las originan y apoyan, como por ejemplo *Law and the rise of Capitalism* de Michael Tigar y Madeleine R. Levy (Tigar, 1977), sino que probablemente en parte por el tiempo relativamente corto de la existencia institucionalizada de las ciencias sociales en México y en otros países, aunque sí se han traducido libros como el de Michel Foucault, y otros recientes de autores estadounidenses que podríamos calificar como criminólogos críticos, casi no se conocen obras que, aunque no se centran en el tema de los estudios criminológicos sí son muy importantes para la comprensión de esta problemática, por ejemplo *Social Darwinism in American Thought* de Richard Hofstadter (1916-1970), que no han sido traducidas hasta ahora (Hofstadter, 1944).

La ideología de la “degeneración”

El médico inglés Erasmus Darwin (1731-1802), aunque no se ocupó específicamente del tema de la criminalidad, fue el primero en plantear el origen biológico de males sociales como el alcoholismo, considerándolo como causa posible de la extinción de una familia (Jordanova, 1989).

En 1857 el médico francés B. A. Morel publicó un libro titulado *Traité des degenerescences*, en el que planteaba que el alcoholismo, la criminalidad, y varias formas de locura, epilepsia y “debilidad mental” eran manifestaciones de una supuesta degeneración hereditaria. Sus seguidores creían que esta “degeneración” podía ser

El degeneracionismo apareció en México en 1895 en un Primer Concurso Científico en 1895; en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, en 1897

reconocida en varias anormalidades físicas y psíquicas, las llamadas *stigmata* o estigmas de la degeneración, que incluirían determinadas formas del cráneo —nótese la relación con la craneometría y frenología— y malformaciones físicas.

La ideología del degeneracionismo tuvo considerable influencia en la psiquiatría y alienismo en Francia.

El degeneracionismo apareció en México en 1895 en un Primer Concurso Científico en 1895; en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, en 1897; y en la Facultad de Medicina de la hoy UNAM, en la década de 1920. Se encuentra en publicaciones de varios médicos, por ejemplo, Ramón Pardo en 1934, y de varios otros en 1938 (Urías Horcasitas).

La frenología

La frenología fue una teoría pseudocientífica elaborada por Franz Joseph Gall (1758-1828), un anatomista germano que fue profesor en la Universidad de Viena, en Austria, y por su colaborador, el también germano Johann Spurzheim. La teoría de Gall representó un avance importante en cuanto a la localización de las facultades mentales en el cerebro, en contra de ideas previas que situaban algunas en el corazón. Su obra más importante fue publicada en 1809. Sostuvo que las capacidades mentales de un individuo consistían en facultades separadas, cada una de las cuales tenía su órgano localizado en cierta región del cerebro, cuyo tamaño y desarrollo sería proporcional al de cada facultad en particular. De consiguiente, el estudio de la conformación externa del cráneo supuestamente daría un índice del desarrollo de estos órganos, y por tanto una medida de las aptitudes particulares. Aunque la frenología puede considerarse una pseudociencia, Gall realizó una contribución fundamental en cuanto formuló el concepto de localización cerebral, que hoy aún se utiliza, pero con relación a las funciones fisiológicas, tales como la visual, auditiva, etcétera. Lo pseudocientífico era la suposición de que podían adscribirse determinaciones puramente biológicas a conductas sociales complejas, así como su localización cerebral. Gall creyó, por ejemplo, que existía una localización cerebral de la “religiosidad”, y de una supuesta “adquisitividad”, y de tendencias criminales, en lo que fue un precursor de Lombroso. La teoría de Gall fue rechazada por la iglesia católica. También lo fue por una sociedad científica, la British Association for the Advancement of Science. A pesar de ello tuvo una considerable influencia durante el siglo XIX y en las primeras décadas del siglo XX. En Gran Bretaña fue utilizada para justificar

el racismo, en este caso la inferioridad de los pueblos colonizados. Las autoridades belgas la usaron para sostener la inferioridad de alguna etnia africana, asimismo, lo hicieron algunos ideólogos del régimen nazi en Alemania (*Wikipedia*).

La antropología física

En la época en que surgió la antropología física, en el siglo XIX, estaba profundamente contaminada por la ideología del racismo, así como por las ideas pseudocientíficas de la frenología.

Stephen Jay Gould afirma que para estudiar los orígenes de la antropología física tuvo que utilizar métodos no convencionales o no tradicionales, volviendo a analizar datos muy antiguos para deshacer la “mística de los números” en que se apoyaban las falsificaciones de personajes como el médico estadounidense Samuel Morton (1799-1851) y el francés Paul Broca (1824-1880), que estuvieron entre los primeros antropólogos físicos. Gould revisó cuidadosamente los datos publicados por Morton, para concluir que a partir de éstos no era posible que hubiera ninguna diferencia estadísticamente significativa entre las capacidades craneanas de las diferentes razas. Se trataba de una combinación de ciencia mal hecha con pseudociencia, mescolanza y manipulación de datos inspiradas por los prejuicios racistas (Gould, 1981).

Otros falsificadores, o por lo menos personajes que posteriormente manejaron datos de manera inadecuada, fueron el mencionado Lombroso; Cyril Burt —falsificador de datos sobre el llamado cociente de inteligencia—; y el psicólogo estadounidense Henry Goddard, quien alteró fotografías para sugerir el retardo mental de ciertas personas.

Samuel G. Morton, profesor del Pennsylvania Medical College, fue un gran coleccionista de cráneos humanos, cuya colección fue alabada por científicos de gran reputación como Humboldt y Agassiz. Morton publicó en 1839 su obra *Crania Americana* y *Crania Aegyptiaca* en 1844. Estas incluían datos sobre el supuesto valor mental de las razas, ordenadas en una jerarquía que iba desde los blancos a los indios y negros; entre los primeros estaban por supuesto en la cúspide los anglos y teutones, siguiéndoles los judíos y los hindúes. Cuando Morton murió, en 1851, el periódico *New York Tribune* escribió que “ningún otro hombre de ciencia estadounidense había gozado de mayor reputación entre estudiosos a nivel mundial” (Stanton, 1960).

***A partir de la publicación de
“El origen de las especies”
por Charles Darwin en 1859
la craneometría se alió con el
evolucionismo para darle una
base supuestamente científica a
las teorías racistas.***

A partir de la publicación de *El origen de las especies* por Charles Darwin en 1859, la craneometría se alió con el evolucionismo para darle una base supuestamente científica a las teorías racistas. Esta propaganda pseudocientífica de la craneometría inundaba la prensa. Paul Broca, profesor de la Universidad de París y fundador, en 1859, de la sociedad francesa de antropología, partió de la proposición de que el tamaño del cerebro determinaría la inteligencia, a partir de lo cual dedujo no sólo la inferioridad de los negros, sino hasta de las mujeres. Cabe mencionar que el descubrimiento en Indonesia en 2004 del homínido “Hombre de la isla de Flores” (*Homo floresiensis*), que probablemente coexistió con los humanos hasta hace quince mil años, desmiente totalmente esta teoría, puesto que a pesar de contar con un cerebro de peso mucho menor utilizaba instrumentos no menos desarrollados que los de nuestros antecesores. Broca también se propuso demostrar que a lo largo de los siglos, en tanto que avanzaba la civilización europea, aumentaba la capacidad craneana promedio. James Hunt, líder de la primera sociedad antropológica inglesa en la década de 1860 —ya existía la *Ethnological Society*, más tradicional y permeada por un espíritu religioso— fue también un fervoroso propagandista de la inferioridad de las mujeres y los negros, como lo fue el naturalista germano Karl Vogt, uno de los más conocidos propagandistas del darwinismo en Europa, así como por el voluminoso texto que Marx escribió para desenmascarar sus turbias actividades como provocador político pagado por el gobierno de Luis Bonaparte. Para Vogt los cráneos de hombres y mujeres diferían tanto que podrían ser clasificados como “pertenecientes a especies diferentes”. También sostuvo que era natural que la desigualdad de los sexos se acrecentara con el avance de la civilización (Richards, 1989).

La reacción contra Broca comenzó en 1913 con el cuestionamiento de la supuesta inferioridad de las mujeres por la educadora María Montessori (Montessori, 1913). Ya en 1899 el antropólogo estadounidense Franz Boas había criticado las conclusiones racistas de los medidores de cráneos, haciendo notar la ancha variación de los parámetros craneanos dentro de cada grupo de adultos, así como durante la vida de estos, y la variación de la relación del peso del cerebro respecto al del cuerpo.

El spencerianismo

El filósofo inglés Herbert Spencer (1820-1903) fue el primero en plantear la inferioridad biológica de las clases socialmente inferiores. Más de un siglo después, en 1971, el psicólogo estadounidense Richard Herrnstein la seguía sosteniendo (Lewontin, 1977).

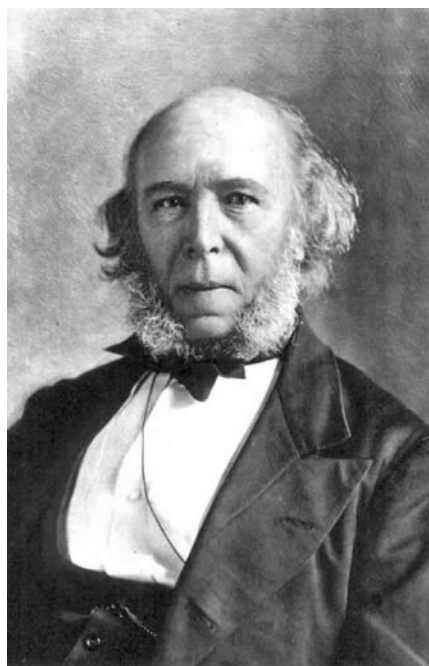
Llamo biologismo spenceriano a la teoría que en la literatura se denomina frecuentemente “darwinismo social”, porque ésta fue inventada por Spencer antes de la aparición de la teoría de la evolución por selección natural de Charles Darwin y Alfred Russel Wallace. La denominación de “darwinismo social” habría surgido hasta 1879.

Spencer fue, probablemente, el ideólogo más prominente de la burguesía a nivel mundial durante la segunda mitad del siglo XIX y hasta comienzos del XX. Fue apoyado por el gran capitalista estadounidense Andrew Carnegie, su obra alcanzó una difusión sin precedentes, con ediciones de centenares de miles de ejemplares.

Fue elogiado de manera absolutamente desmedida por los medios de difusión de esa época, por ejemplo, por la revista *Atlantic Monthly* en 1864 (citado por Hofstadter, p. 338). A pesar de que —como señala la historiadora estadounidense Gertrude Himmelfarb— su formación filosófica era prácticamente inexistente, o sea que casi no había leído ninguna de las obras clásicas de la historia de la filosofía, y de que su formación científica era igualmente pobre (Himmelfarb, 1959), produjo un enorme cuerpo de literatura, en áreas tales como filosofía, política, ética, sociología, biología y psicología, que tuvo una influencia dominante sobre el discurso social académico, así como sobre el religioso, en los cuadros políticos de la burguesía, y hasta sobre militantes de movimientos socialistas, sobre todo en los países anglosajones, pero también en países europeos como Italia y Alemania, y hasta en Argentina y México.

A partir de 1879 sus obras fueron introducidas en los cursos de sociología en las universidades estadounidenses más importantes, como Harvard y Yale. En Alemania también tuvo influencia sobre los primeros sociólogos, como el polaco-germano Ludwig Gumplowicz y Gustav Ratzenhofer, e incluso sobre personajes cercanos al socialismo como A.F. Lange y Ludwig Woltman; sobre el ideólogo racista Houston Chamberlain; e incluso sobre militares, como el general von Bernhardt, que lo usó para justificar el militarismo. En Italia fueron spencerianos Achille Loria, uno de los primeros sociólogos italianos, y el criminólogo Enrico Ferri, uno de los más importantes continuadores de Lombroso.

La primera traducción al español de Spencer fue publicada en 1879. En Argentina, el primer spenceriano parece haber sido el presidente Domingo F. Sarmiento (1811-1888). También lo fue el político, criminólogo e historiador José Ingenieros (Ingenieros, 1918), el paleontólogo Florentino Ameghino, uno de los primeros científicos argentinos; y otros autores, como el historiador Nicolás Matienzo y Augusto Bunge, que puede ser considerado como un simpatizante del so-



Herbert Spencer (1820-1903)

cialismo (Soler, 1968). En México fueron spencerianos los ideólogos del régimen porfiriano Andrés Molina Enríquez y Justo Sierra (Brading, 1985).

Si su obra alcanzó la ya señalada posición dominante a pesar de sus deleznable fundamentos, fue porque su pensamiento satisfacía los requerimientos ideológicos de la gran burguesía de los países del capitalismo desarrollado de su época, promotora de la ideología del progreso y caracterizada por la expansión imperialista sobre América Latina, África y Asia, para la cual era totalmente funcional la ideología del racismo, y la que justificaba la explotación y represión contra el proletariado y los pueblos colonizados.

El spencerianismo fue una ideología conservadora que representaba una renovación frente a la preexistentes del mismo signo, de origen religioso, pero era compatible con la religión, y jugó un papel central en el fenómeno del reconciliacionismo, o sea las tentativas de compatibilizar la ciencia con la religión que se dieron en esa época. Representó una extrapolación injustificada de ideas surgidas en el campo de las ciencias biológicas al terreno de la sociedad humana para justificar las consecuencias más brutales del capitalismo, oponiéndose al socialismo y al estado benefactor, ya que según Spencer, éste representaría un castigo para los ciudadanos más aptos y para sus descendientes, puesto que favorecería a los inferiores, colocando con ello en desventaja frente a otras a la sociedad que adoptara tales prácticas.

La sociología inspirada por esa ideología se dedicó tanto al embellecimiento del orden social existente como a cuestiones especializadas, con prescindencia de los grandes problemas del desarrollo y estructura de la sociedad. Como lo sostuvo el filósofo húngaro Gyorgi Lukacs, el discurso social dominante en esa época continúa a los ideólogos de la contrarrevolución de la época de la Revolución Francesa, como por ejemplo el conservador británico Edmund Burke (1729-1797), para quien sólo eran válidos aquellos cambios realizados con el consentimiento de la clase dominante, fundando una tradición continuada en el siglo xx por el filósofo británico Karl Popper (1902-1994).

Una cuestión de la mayor importancia es si Darwin estuvo contaminado por el spencerianismo. En efecto, en su libro *Descent of Man*, publicado en 1871, hay dos párrafos que indudablemente lo ubican dentro de esta corriente, y uno de ellos contiene tres líneas que posteriormente serían utilizadas por Lombroso para sostener que su hipótesis sobre la criminalidad se apoyaba en la obra de Darwin. Darwin planteó esta hipótesis, pero no hizo ningún intento por justificarla. Tampoco fue un darwinista social consecuente, como lo muestra una carta de 1862 a su colega el botánico J.D. Hooker, en la que dice haberse reído de la idea de que “la aristocracia carece de taras y puede realizar cómodamente una selección entre los mejores de una élite” (Prenant, 1969).

En la misma época en que surgió el spencerianismo la teoría racista adquirió un nuevo auge con la difusión del texto del ideólogo francés Arthur De Gobineau (1816-1882) *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*. El libro de Gobineau, publicado en 1853, fue traducido al inglés sólo tres años más tarde, lo que da cuenta de

la receptividad al racismo que prevalecía en esa época. El pesimismo fatalista de este autor acerca de las razas supuestamente inferiores —sugiere Lukacs— representa la otra cara del aventurerismo bélico que sería una de las características distintivas del fascismo (Lukacs, 1983).

El mencionado Richard Hofstadter fue seguramente el crítico más visible de la nefasta influencia de Spencer en Estados Unidos. De su libro sobre el tema se vendieron 200 mil ejemplares. David S. Brown trató de desacreditarlo apoyándose en un artículo de Irwin G. Wylle, quien trató de mostrar que pocos hombres de negocios creyeron en el spencerianismo (Brown, 2006). Suponiendo que ello sea cierto, no prueba que una minoría dentro de la burguesía, cuya cabeza visible habría sido Andrew Carnegie, tuvo un enorme éxito en difundir las ideas de Spencer dentro de la clase política, que implementó políticas criminales inspiradas en éstas. Si la tesis de Brown-Wylle es que la burguesía no fue responsable de las prácticas de la eugenesia, deberían poder mostrar que hubo grupos de capitalistas que se opusieron activamente a ésta. Nadie hasta ahora ha intentado probarlo. Incluso suponiendo que hubiera habido más capitalistas filántropos que empeñados en promover al spencerianismo, ello tampoco prueba nada. La filantropía o la caridad no son incompatibles con la represión, ambas pueden ser funcionales para el mismo objetivo, el desarme y control de las clases subordinadas.

En Estados Unidos y Alemania se ha publicado una considerable literatura que trata de blanquear al spencerianismo la han producido historiadores que se colocan en el campo de la burguesía, aun algunos tan honestos y acuciosos como Loren Graham, e implica negar el carácter funcional de esta ideología para la política del imperialismo, del racismo y de la represión contra la clase trabajadora. Ello equivale a negar que las clases dominantes anglosajonas —particularmente la estadounidense—, y no sólo la germana, alimentaron tendencias protofascistas durante varias décadas. También implica la negación de la continuidad esencial entre el spencerianismo, la eugenesia de Francis Galton y Charles Davenport, la antropología criminal de la escuela de Lombroso y el Holocausto nazi. Al ocultar estos hechos, o al enturbiar la relación causal que los conecta, es decir entre las ideologías conservadoras y fascistas con el spencerianismo y la antropología criminal y las políticas imperialistas, racistas y represivas, la barbarie nazi queda reducida a una inexplicable y estrictamente temporaria locura germana, y las buenas conciencias pueden dormir en paz. Pero la interpretación histórica acerca de hechos tan bárbaros, en los que perecieron millones, no puede ser tan fácilmente desviada.

Para llevar a cabo esa mistificación, varios historiadores invocan el hecho de que hubo socialdemócratas entre los spencerianos y hasta algún comunista que promovió propuestas de tipo eugenista en la Unión Soviética.

Sólo me referiré a algunos de los blanqueadores estadounidenses. Incluyen a historiadores como Robert C. Bannister (Bannister, 1972). En esa misma línea, aunque tal vez con mayor moderación, se encuentran también Donald K. Pickens y Kenneth Ludmerer (Ludmerer, 1972). Contra un historiador probo como el mencionado Ri-



chard Hofstadter, quien sostiene que a partir de la década de 1890 Spencer y sus seguidores estadounidenses justificaron el *statu quo* y promovieron el racismo, el imperialismo y el militarismo, Bannister afirma que sólo buscaban la estabilidad, el consenso y la homogeneidad (forma delicada de nombrar al racismo) y el cambio pacífico bajo el régimen capitalista. En cuanto a Darwin, sería totalmente inocente, por que los ideólogos de la burguesía mencionados no habrían sido darwinistas, sino lamarckianos.

El tratamiento suave para los promotores de las políticas racistas y represivas que hacen Pickens y Ludmerer ha sido justamente criticado por el historiador estadounidense Garland Allen. Para Pickens, si bien narra objetivamente las atrocidades de la eugenesia, el hecho de que miembros connotados de la burguesía favorecieran al movimiento eugenista se debería a que reconocían “el valor de la caridad en mitigar el filo de los conflictos de clase”, alabando a Carnegie y Rockefeller por establecer fundaciones caritativas “no por razones estrechamente definidas, sino para eliminar la miseria humana”. Pickens blanquea, asimismo, los residuos actuales de la eugenesia, argumentando que sostendrían puntos de vista más equilibrados que sus predecesores. Tampoco menciona que la eugenesia se basa en extrapolaciones indebidas. Allen señala correctamente que la atención pública hacia los trabajos sobre genética fue ridícula, comparada con respecto a la eugenesia, y que la difusión de la literatura eugenista no fue obra de un individuo, sino de un grupo social que, por supuesto,

contaba con los medios para ello. Además, no fue un fenómeno aislado, sino que se insertaba en una política represiva generalizada, que incluyó los ataques contra sindicatos y militantes sindicales. Asimismo que la alabanza de Pickens a las virtudes caritativas de Carnegie y Rockefeller está totalmente fuera de lugar, por que los efectos prácticos de la eugenesia contribuyeron, de diversas formas; a la miseria y el sufrimiento de millones, formas que incluyeron desde la separación de familias por efecto de los cambios en las leyes de inmigración, hasta la represión directa contra elementos marginales (Allen, 1976).

La eugenesia

El matemático inglés Francis Galton (1822-1911) fundó la eugenesia en 1883, como supuesta tecnología para mejorar los rasgos hereditarios humanos a través de una reproducción selectiva. Fue utilizada para la discriminación racial y para la práctica de esterilizaciones forzadas de delincuentes comunes y “débiles mentales” y, en última instancia, para el genocidio. Fue apoyada por algunos de los más prominentes líderes de la burguesía, como los presidentes estadounidenses Theodore Roosevelt y Woodrow Wilson, y por el después Primer Ministro de Gran Bretaña Winston Churchill. Fue inicialmente introducida en Estados Unidos, donde 30 estados locales y la colonia de Puerto Rico aprobaron leyes de esterilización forzada entre 1907 y 1937. Entre 1928 y 1937 fueron aprobadas leyes de esterilización forzada en el cantón suizo de Vaud, en las provincias canadienses de Alberta y Columbia Británica, así como en Alemania, Dinamarca, Noruega y Estonia (Reggiani, 2005). En el caso de Suecia la legislación estableció que sería promovida la esterilización voluntaria, pero la investigación histórica muestra que fue forzada en un número considerable de casos.

Para entender el enorme impacto de la eugenesia debe mencionarse el tamaño de la represión que acompañó a la Revolución industrial en Inglaterra, que incluyó el encierro de 200 000 pobres hacia comienzos del siglo XIX en las infames Casas de Pobres la feroz represión entre 1792 y 1840 contra el gran movimiento democrático que exigía la ampliación del derecho al sufragio y la represión, hacia 1815, contra el movimiento proletario luddita, que rompía máquinas en protesta por el desempleo que generaban.

Hubo un clima intelectual de histeria contra el proletariado, que siguió al genocidio que terminó con la Comuna de Paris en 1871

En el caso de Francia y, en general, en los países católicos, la iglesia se opuso a las esterilizaciones forzadas, lo que, probablemente, fue una de las razones por las

que no las hubo. Pero hubo un clima intelectual de histeria contra el proletariado, que siguió al genocidio que terminó con la Comuna de París, primer gobierno proletario, en 1871. Esta histeria aglutinó a la gran mayoría de los intelectuales franceses, incluyendo a algunos que después publicaron una literatura crítica, como Anatole France y Émile Zola, quien en la década de los noventa del siglo XIX jugó un gran papel en la lucha contra el antisemitismo, por ejemplo en el caso del infame proceso contra el capitán judío Alfred Dreyfus (Lidsky, 1971).

En el caso de Estados Unidos las últimas décadas del siglo XIX se caracterizaron por la violencia racista contra la población negra, encabezada por el infame Ku Klux Klan y el surgimiento del antisemitismo; la represión violenta contra los movimientos proletarios, por ejemplo en el caso de la gran huelga de Chicago, que culminó en el proceso y ejecución de los Mártires de Chicago, acusados de acciones violentas llevadas a cabo por provocadores policiales; la construcción de cuarteles de la Guardia Nacional en áreas urbanas, como instrumento de intimidación contra el proletariado (Fogelson, 1989), etcétera.

En sus inicios la eugenesia fue apoyada por algunos de los primeros genetistas, cuando la genética se encontraba en una etapa temprana y era imperfectamente comprendida algunos de estos genetistas posteriormente revirtieron su posición. Fue el caso del estadounidense William Castle. El más importante promotor de la eugenesia en Estados Unidos fue Charles B. Davenport (1866-1944), que comenzó a publicar trabajos sobre genética en los primeros años del siglo XX, para posteriormente convertirse en líder de la eugenesia, creando el instituto Eugenics Records Office, financiado por donantes adinerados como el empresario Andrew Carnegie y la viuda del magnate Edward H. Harriman. Davenport acumuló una enorme cantidad de información acerca de familias y antecedentes familiares —llegó a emplear a 250 personas—, que analizó con métodos deleznable, no sólo para el caso de los rasgos físicos y fisiológicos, sino para rasgos culturales y sociales tan difíciles de definir como “nomadismo”, conservadurismo, radicalismo, patriotismo, etcétera, para probar el carácter hereditario de estos rasgos. También sostuvo el carácter hereditario de la pelagra, que afectaba mayormente a los negros pobres del sur de Estados Unidos, y que se probó que era causada por la desnutrición (Chase, 1976). Davenport no sólo formó una asociación para promover la eugenesia, integrada por racistas notorios, sino que tuvo una considerable influencia en el medio científico y académico, por ejemplo en la Academia Nacional de Ciencias. Entre 1905 y 1920 se crearon cursos de eugenesia en varias universidades importantes. Tuvo un papel importante en la aprobación de cambios racistas en las leyes de inmigración, que limitaron la proveniente de los países del sur de Europa y de Europa Oriental. Varios intelectuales socialdemócratas, como los fabianos británicos, apoyaron la eugenesia. Hubo pocos intelectuales que se pronunciaron en contra, por ejemplo el británico G.K. Chesterton. Dos periodistas estadounidenses liberales muy visibles, Walter Lippman y H.L. Mencken, que inicialmente la apoyaron, posteriormente revirtieron su posición.

En Estados Unidos hubo más de 60 mil esterilizaciones forzosas entre 1907 y 1931, aplicadas, en su mayoría contra la población negra, sobre todo del estado de California. En 1927 la Corte Suprema ratificó la constitucionalidad de las leyes de eugenesia. Hasta comienzos de la década de 1970 en varios estados del sur se presionaba a las mujeres negras para que aceptaran ser esterilizadas y además se daban casos de esterilizaciones llevadas a cabo con engaño (Aptheker, 1974). En Alemania bajo el régimen de Hitler, entre 1934 y 1937 fueron asesinadas 400 mil personas, en su mayor parte provenientes de instituciones psiquiátricas. La legislación que lo permitió fue elaborada con la colaboración Edwin Baur y Fritz Lenz, dos de los más prominentes genetistas de ese país. En Canadá fueron varios miles los muertos principalmente indígenas e inmigrantes del este de Europa.

Pero el caso más notable, al que los historiadores no han dedicado suficiente atención, fue el de Suecia, durante el gobierno del partido socialdemócrata, entre 1934 y 1976. Lo es porque el número de esterilizaciones fue sumamente alto con relación a la población, del orden de diez veces menor a la de Alemania y veinte a la de Estados Unidos; porque además se trataba de un país en que, a diferencia de los casos mencionados, no hubo conflictos sociales serios; y porque la ley sueca fue aprobada sólo un año después del ascenso del régimen nazi al poder, lo que podría indicar la influencia de las ideologías conservadoras y del fascismo sobre la socialdemocracia de ese país. La ley sueca fue aprobada con el apoyo de otros partidos y de la iglesia luterana, y aplicada en 62 000 casos, entre 1934 y 1975. Las esterilizaciones eran, supuestamente, voluntarias, aunque también las aplicaban en algunos casos a enfermos mentales, pero hay evidencia de que fueron forzosas en no menos el 10 por ciento de los casos, y que las mujeres eran los blancos preferidos (*Wikipedia*). Aun en 1996 los socialdemócratas se opusieron a una ley que preveía indemnizaciones para las víctimas de eugenesia, la cual fue aprobada hasta 1999.

En Argentina operó desde 1921 hasta la década de 1970 la Liga Argentina de Profilaxis Social, con un enfoque claramente eugenista, que alcanzó una considerable notoriedad en la década de 1930 y en la que participaron importantes personajes de la medicina y la política, incluso socialistas o afines, como José Ingenieros, Alfredo Palacios y Augusto Bunge (Miranda, 2005).

La declinación de la eugenesia en Estados Unidos en las décadas de 1920 y 1930 tuvo relación con el auge de las luchas contra la represión, en casos que tuvieron repercusión a nivel mundial, como el proceso contra los anarquistas Sacco y Vanzetti, ejecutados en 1927 por un crimen que no habían cometido. También con el auge de las luchas proletarias y antirracistas que ocurrieron en la década de 1930, cuando el Partido Comunista de ese país tuvo una influencia considerable. Algunos de los genetistas más importantes, como el estadounidense Herman Muller y el británico J.B.S. Haldane tomaron posición contra el racismo y la eugenesia, tanto que se acercaron al marxismo y al movimiento comunista. En un congreso de genética que tuvo lugar en 1938 muchos genetistas se pronunciaron contra la eugenesia.

Las esterilizaciones forzosas deben considerarse como crímenes contra la humanidad y como preludeo del Holocausto nazi en que perecieron millones de personas, seguramente el más horrendo genocidio de la historia.

La historia que hemos relatado muestra que los antecedentes de la antropología criminal de Lombroso fueron teorías seudocientíficas, en algunos casos apoyados en ciencia mal hecha y fueron utilizadas para reprimir a las clases sociales subordinadas y para fortalecer el racismo, y así, justificar el imperialismo.

Referencias

- Garland Allen “Genetics, Eugenics and Society: Internalists and Externalists in Contemporary History of Science”, en *Social Studies of Science*, núm. 6, pp. 105-122, 1976. Cita a Pickens, *op. cit.*, pp. 184, 190 y 211; y a Ludmerer, p. 28.
- Aptheker, Herbert, “Sterilization, experimentation and imperialism”, en *Political Affairs*, enero de 1974, pp. 37-48.
- Bannister, Robert C., *Social darwinism: science and myth in anglo-american social thought*, Filadelfia, Temple University Press, 1972. Reseñado en *American Historical Review*, núm. 85, p. 992 (1980).
- Brading, David, “Darwinismo social e idealismo romántico”, en *Vuelta*, núm. 109, diciembre de 1985, pp. 202-225.
- Brown, David S., *Richard Hofstadter: an intellectual biography*, Chicago, University of Chicago Press, 2006. El artículo de Irwin G. Wylie, “Social darwinism and the american businessman”, fue publicado en *Proceedings of the American Philosophical Society*, núm. 103, pp. 629-635, 1959. Datos de Wikipedia.
- Chase, Allan, *The legacy of Malthus*, Knopf, 1976, “Capítulo 9. A few false correlations= A few million real deaths: scientific racism prevails over scientific truth”.
- Fogelson, Robert M., *America’s armories: architecture, society and public order*, Cambridge, Harvard University Press, 1989.
- Foucault, Michel, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI Editores, 1978.
- Gould, Stephen Jay, *The mismeasure of man*, Nueva York, W.W. Norton, 1981, pp. 25-27, 77, 82 y 140.
- Gutman, Herbert G., *Work, culture and society in industrializing America, 1815-1919*, Knopf, Nueva York, 1973, p. 72.
- Himmelfarb, Gertrude, *Darwin and the darwinian revolution*, W.W. Norton, Nueva York, 1959, pp. 222-223.

- Hofstadter, Richard, "Social darwinism in american thought", Boston, Beacon Press, 1955, p. 45. La primera edición es de 1944.
- Ingenieros, José, *Sociología argentina*, 7ª ed., Buenos Aires, 1918. Cita una carta de Domingo F. Sarmiento a Mrs. Mann del 19.12.1882, *Obras*, vol. XXVII, pp. 318 y siguientes.
- Jordanova, Ludmilla, "Erasmus Darwin: Doctor of Evolution?", en James R. Moore, *History, humanity and evolution: essays for John C. Greene*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, pp. 71-98. Cita la obra *Zoonomia*, t. II, de Erasmus Darwin, 1794, p. 274.
- Lukacs, Gyorgi, *El asalto a la razón: la trayectoria del irracionalismo desde Schelling hasta Hitler*, México, Grijalbo, 1983, pp. 472 y 556-568. Menciona que Gumpłowicz publicó *Rasse und Staat* en 1875, *Rassenkampf* en 1883, y *Die Soziologische staatsidee* en 1892; Ratzel publicó *Grundriss der Soziologie* en 1907.
- Ludmerer, Kenneth, *Genetics in American Society*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1972.
- Miranda, Marisa y Gustavo Vallejo (comps.), *Darwinismo social y eugenesia en el mundo latino*, Buenos Aires, Siglo XXI Argentina, 2005.
- . *Prostitución y homosexualidad en Argentina*, pp. 451-496, particularmente 458-459, en Marisa Miranda y Gustavo Vallejo, *op. cit.*
- Pickens, Donald K., "Eugenics and the progressives", Nashville, Vanderbilt University Press, 1968. Citado por Garland Allen, *op. cit.*
- Prenant, Marcel, Darwin y el darwinismo, México, Grijalbo, 1969, p. 148. Originalmente publicado por Nouvelle Presse, París, 1940.
- Reggiani, Andrés H., "La ecología institucional de la eugenesia...", en Marisa Miranda y Gustavo Vallejo, *op. cit.*, pp. 273-310; cita a Jean Sutter, *L'eugenique*, París, Institut National d'Etudes Demographiques, 1950.
- Sánchez Susarrey, Jaime, "Pena de muerte", en *Reforma*, 13 de diciembre de 2008.
- Soler, Ricaurte, *El positivismo argentino*, Buenos Aires, Paidós, 1968, pp. 69-70. Cita a Florentino Ameghino "Mi credo" (1906), incluido en *Obras completas*, vol. XV, p. 693. Los textos de Bunge y Matienzo son de la década de 1910.
- Stanton, W., *The Leopard's Spots: scientific attitudes towards race in America, 1815-1859*, Chicago, University of Chicago Press, 1960. Citado por Gould, *op. cit.*, p. 51.
- Urías Horcasitas, Beatriz, "Locura y criminalidad: degeneracionismo e higiene mental en el México posrevolucionario", en Claudia Agostoni y Elisa Speckman (comps.), *De normas y trasgresiones: enfermedad y crimen*.